

humanitas

Vol. LVI

IMPrensa DA UNIVERSIDADE DE COIMBRA
COIMBRA UNIVERSITY PRESS



HUMANITAS

Vol. LVI • MMIV



ECOS VIRGILIANOS EN UNA TEMPESTAD ÉPICA DE SILIO ITÁLICO (*PVNICA* XVII 236-290)¹

JOAQUÍN VILLALBA ÁLVAREZ

Universidad de Extremadura

Abstract: This paper tries to analyse what sort of connection can be found between two passages which belong to Virgil's *Aeneid* and Silius Italicus' *Punica*. To be exact, we intend to make a profound study of the relationship (not only formal, but also thematic) between these two epic passages, which describe such an established commonplace in epic poetry as the account of the storm is. Thus, our aim is to accentuate not only the formal but also the thematic connection that links *Aeneid* and *Punica*.

Cuando, a finales del siglo I de nuestra era, Silio Itálico se embarca en la ingente tarea de elaborar sus *Punica*, el más extenso poema épico conservado de la literatura latina (12.202 versos), tomando como argumento la segunda guerra púnica que enfrentó a romanos y cartagineses, contaba con un modelo lo suficientemente arraigado y reconocido en la literatura latina como era la *Eneida* de Virgilio. Evidentemente, el sentimiento, o si se prefiere, la función social que impulsa la aparición de obras como los *Punica* de Silio Itálico, la *Tebaida* de Estacio o los *Argonautica* de Valerio Flaco nada tiene que ver con el que suscitara la composición de la epopeya virgiliana. En efecto, si esta última nace al amparo de Augusto y su política de reafirmación nacional tras una época convulsa y llena de enfrentamientos civiles, las epopeyas de la época de los empera-

¹ Queremos expresar nuestro más profundo agradecimiento al Dr. López Moreda, mi maestro, que limó y corrigió los múltiples errores que este trabajo poseía.

dores Flavios no tenían que reflejar ningún sentimiento de exaltación heroica o patriótica, puesto que ese sentimiento ya no existía como tal.

Fue la imitación de los clásicos, propuesta por Quintiliano en su método de enseñanza retórica², la que contribuyó a la proliferación del género épico durante la dinastía de los Flavios, y más concretamente durante el reinado de Domiciano. Sin duda, como señala Rostagni³, la epopeya servía, más que cualquier otro género, para explicar las inclinaciones imitativas, demostrar la destreza y conocimientos del autor y, además, reflejar las enseñanzas adquiridas en la escuela. A esto había que sumar el estímulo que, desde las más altas esferas, fomentaba la aparición de obras de este género: es un hecho de sobra conocido que el propio Domiciano compuso en su juventud varios poemas ensalzando los triunfos de su padre, Vespasiano, y de su hermano, Tito⁴.

En consecuencia, y si bien (como hemos sugerido ya) el motivo que impulsa la composición de la *Eneida* nada tiene que ver con el que provoca la aparición de los *Punica*, sí es cierto que la obra de Silio es deudora de la de Virgilio, puesto que, en virtud de la pauta marcada por Quintiliano, los poetas épicos que escriben bajo los Flavios retoman los viejos temas y la vieja forma, vuelven al tipo de épica tradicional, a Virgilio en suma, despegándose de la audaz innovación que suponía la *Farsalia* de Lucano.

Así pues, la *Eneida* se erige en modelo y punto de partida para los *Punica*, y no sólo ya desde la perspectiva estrictamente formal (en lo con-

² Quint., *Inst.* X 2. 1: «De éstos y del resto de autores, dignos de ser leídos, debemos tomar la riqueza de sus palabras, la variedad de figuras y el modo de componer las frases; y luego debemos dirigir nuestras miras al modelo de todas las virtudes literarias. Y es que no se debe dudar que una parte importante del arte tiene su base en la imitación (*artis pars magna contineatur imitatione*)».

³ A. Rostagni (1964), p. 41: «L'epopea serviva, più di qualsiasi altro genere, all'esplicarsi delle inclinazioni imitative, era lo strumento più adatto per sovrapporre al reale contenuto della vita e dello spirito i paludamenti di un fasto convenzionale».

⁴ Tenemos noticia de, al menos, dos obras compuestas por el último de los emperadores flavios: un *Bellum Capitolinum*, acerca de la cruenta victoria de su padre Vespasiano sobre los vitelianos en el Capitolio; y un *Bellum Iudaicum*, sobre la victoria de su hermano Tito en Jerusalén. Asimismo, Marcial alaba en uno de sus epigramas (5. 5. 7-8) las virtudes literarias de Domiciano. Cf., sobre este particular, H. Bardon (1968), p. 282.

cerniente a las convenciones del género, el metro utilizado o el propio estilo de composición), sino también (y eso es algo que supone un acierto por su parte) desde el punto de vista temático. En efecto, Silio Itálico retoma de Virgilio la relación entre Dido y Eneas, y más concretamente el abandono de aquélla por parte de éste, y elige este hecho como detonante de la perfidia de Aníbal, como razón última del odio africano a la raza romana. El cartaginés emprende una guerra contra Roma en la que pretende erigirse en vengador de la despechada reina. De este modo, el conflicto adquirirá tintes de guerra nacional.

Dentro del apartado estrictamente formal, debemos resaltar lo mucho que se ha hablado de la notoria imitación que Silio Itálico lleva a cabo en *Punica* con respecto al modelo que encarna Virgilio. Por ello mismo, nos hemos propuesto aquí analizar un pasaje de los *Punica*, comparándolo a un pasaje análogo de la *Eneida* que nutre a Silio como fuente y base, con el fin de observar las posibles concomitancias, semejanzas y equivalencias entre ambos textos, pero no sólo en el plano formal (hecho por lo demás evidente), sino también (y muy especialmente) desde el punto de vista del contenido. Se trata, en concreto, de dos pasajes que introducen un motivo tan tradicional y repetido en la épica como es el de la tempestad: Virgilio, *Eneida*, I, 50-156 y Silio Itálico, *Punica*, XVII, 236-290⁵.

El contexto en que aparece el episodio de la tempestad en ambas obras es bien diferente. El pasaje de la *Eneida* ocupa algo más de cien versos y se encuentra al principio de la obra⁶. En los versos precedentes, Virgilio ha anunciado las simpatías que Juno siente por Cartago, así como su odio hacia Troya, odio sin duda motivado por el desprecio del troyano Paris durante el célebre juicio por la hermosura en que la diosa competía con Venus y Minerva. Este odio de Juno hacia la estirpe troyana la empuja a concitar una tremenda tempestad contra los troyanos fugitivos que navegan errantes por el mar de Sicilia, comandados por Eneas, a la sazón hijo de Venus, la vencedora en el certamen.

⁵ A este respecto, cf. el análisis de la técnica descriptiva de ambos autores, por parte de J. Lorenzo (1978), o también V. Cristóbal (1988), quien hace un repaso a lo largo del *topos* de la tempestad épica desde la *Eneida* hasta las epopeyas castellanas del siglo XVII.

⁶ Sobre el *Bellum Poenicum* de Nevio como fuente, a su vez, de la tempestad virgiliana, cf. V. Cristóbal (1988), p. 125.

Por el contrario, la tempestad que recoge Silio se enmarca dentro del último libro, cuando ya es inminente el fin de la guerra entre Roma y Cartago, y la balanza comienza a inclinarse del lado romano. Escipión, el futuro Africano, toma la arriesgada decisión de dirigirse a Cartago, con la intención de tomarla y poner así fin a la guerra. Aníbal, que se encuentra en Italia, marcha en pos del general romano. Sin embargo, después de iniciada la travesía, el cartaginés cambia de opinión y opta por regresar a Roma para devastarla por completo. Es entonces cuando Neptuno provoca una tempestad con la que destruye de una vez al poderoso enemigo de Roma e impedir que vuelva a sembrar el pánico en tierras de Italia.

Lo primero que llama la atención en ambos textos es la mayor extensión del pasaje de Virgilio con respecto al de Silio (casi el doble, 107 versos por 56), y ello a pesar de que uno de los rasgos que definen a la literatura latina del siglo I del Imperio es su barroquismo, su estilo recargado y su imitación siempre amplificada del modelo⁷. De ahí la tendencia de los escritores de la época a las éfrasis, digresiones y excursus.

En segundo lugar, comprobamos que Silio sigue a pies juntillas el esquema de la tempestad propuesto por Virgilio. A partir de este momento, nos detendremos en el análisis pormenorizado de las diferentes fases que conforman el episodio de la tempestad en ambos autores. Así, el esquema de la misma puede desgranarse en los siguientes puntos:

- 1) La divinidad concita la tempestad.
- 2) Desarrollo de la misma.
- 3) Lamentaciones del héroe.
- 4) La tempestad provoca el naufragio.
- 5) Otra divinidad implora la calma.
- 6) Se recobra la calma.

1) La divinidad concita la tempestad.

En ambos autores, surge una divinidad que, airada con el héroe correspondiente, provoca la aparición de la tempestad. En el caso de la

⁷ Bien es cierto, sin embargo, que el texto de Silio presenta una laguna justo a partir del verso 290, por lo que el relato de la tempestad tal vez era originalmente más largo. De cualquier modo, lo que ha llegado hasta nosotros presenta prácticamente todos los elementos del esquema virgiliano.

Eneida, Juno se dirige a Eolo y le ordena que con la furia de los vientos destruya la nave que lleva a los troyanos fugitivos hasta Italia:

*'Aeole (namque tibi diuum pater atque hominum rex
et mulcere dedit fluctus et tollere uento),
gens inimica mihi Tyrrhenum nauigat aequor
Ilium in Italiam portans uictosque penatis:
incute uim uentis submersasque obrue puppis,
aut age diuersos et dissice corpora ponto (Eneida, I 65-70)⁸.*

Por una parte, Juno siente gran predilección por Cartago; y por otra, se encuentra molesta y enojada con la raza troyana, después que Paris la menospreciara en el conocido juicio por la hermosura⁹. Como el propio Virgilio recuerda unos cuantos versos antes, la diosa recompensa al dios de los vientos con la más hermosa de sus ninfas, Deyopea:

*sunt mihi bis septem praestanti corpore Nymphae,
quarum quae forma pulcherrima Deiopea,
conubio iungam stabili propriamque dicabo,
omnis ut tecum meritis pro talibus annos
exigat et pulchra faciat te prole parentem' (Eneida, I 71-75)¹⁰.*

Eolo, acto seguido, accede gustoso a los requerimientos de Juno, como súbdito suyo que es, y obedece a sus mandatos:

*'...tuus, o regina, quid optes
explorare labor; mihi iussa capessere fas est.
tu mihi quodcumque hoc regni, tu scepra Iouemque
concilias, tu das epulis accumbere diuum
nimborumque facis tempestatumque potentem' (Eneida, I 76-80)¹¹.*

⁸ «¡Eolo, a quien el padre de los dioses y rey de los hombres permitió calmar las olas y levantarlas con el viento! Una raza hostil a mí surca el mar Tirreno, trasladando hasta Italia su Ilión y sus penates vencidos. Inspira fuerza a los vientos, destroza y hunde sus naves, dispérsalos y esparce sus cuerpos por todo el mar».

⁹ *Eneida*, I 11 ss.

¹⁰ «Tengo catorce ninfas de precioso cuerpo, de las que te entregaré en perpetuo casamiento a la más bella, Deyopea; te la ofreceré como esposa, de forma que, como premio a tus favores, pase toda la vida junto a ti y te convierta en padre de una hermosa prole».

¹¹ «Es tu deber, oh reina, determinar tus deseos; a mí me incumbe obedecer tus órdenes. Tú me has otorgado este reino tal cual es, tú el cetro y el favor de

Esta primera fase de la tempestad épica, que en Virgilio sobrepasa los 30 versos, ocupa solamente 10 en *Punica*. Silio pasa por alto todo el diálogo que acabamos de ver entre la divinidad y Eolo. Además, en *Punica* es Neptuno y no Juno el que, como señor de los mares, remueve por sí mismo las aguas y hace salir a los vientos de sus cuevas, dando lugar a la tempestad:

*Talibus ardentem furiis Neptunus ut alto
prospexit uertique rates ad litora uidit,
quassans caeruleum genitor caput aequora fundo
eruit et tumidum mouet ultra litora pontum.
extemplo uentos imbresque et rupe procellas
conciat Aeolias ac nubibus aethera condit.
tum, penitus telo molitus regna tridenti
intima, ab occasu Tethyn impellit et ortu
ac totum Oceani turbat caput. aequora surgunt
spumea et inlisu scopulus tremet omnis aquarum* (*Punica*, XVII 236-245)¹².

Neptuno se ve obligado a suscitar la tempestad contra Aníbal cuando éste, que marcha rumbo a las costas africanas en pos de Escipión, cambia de parecer y, dando media vuelta a su flota, opta por regresar a Italia para culminar su destrucción. Es entonces cuando el dios de los mares entra en acción y, como defensor de la estirpe de Eneas¹³, evita que tal

Júpiter, tú permites que me sienta junto a los dioses en la mesa y me eriges en dueño y señor de tormentas y tempestades».

¹² «Cuando Neptuno, desde alta mar, lo vio inflamado con tal rabia y comprobó que viraba sus naves en dirección a la costa, el padre de los mares agitó su azulada cabeza y, removiendo las aguas desde sus profundidades, arrojó el henchido oleaje más allá de la costa. Al instante, hace salir de sus cuevas a los vientos, las lluvias y las tormentas de Eolo. Sacude luego con su tridente los profundos abismos de su reino, estremece a Tetis al este y al oeste y enturbia por completo las fuentes del Océano. Se alzan las olas cubiertas de espuma, vibran todos los escollos por el choque de las aguas».

¹³ Cf. P. Grimal (1994), *s.v. Posidón*. En efecto, Posidón (Hom. *Il.* XX 290 ss) siente lástima por Eneas, al que considera piadoso e inocente, y, sabedor del glorioso destino que le aguarda al frente de la raza troyana, opta por alejarlo de Aquiles, transportándolo en una nebulosa. El dios se erige así en protector del héroe Eneas y de la raza troyana, en detrimento de los Priámidas, que ya no son

hecho suceda. Desde el ámbito formal, vemos una serie de correspondencias entre el texto de Silio y el de Virgilio. Así, el comienzo de ambos pasajes es similar: *talibus ardentem* (*Punica*, XVII 236) y *talía flammato* (*Eneida*, I 50); y en ambos se producen imágenes análogas: *extemplo ventos imbresque et rupe procellas / concitat Aeolias* (*Punica*, XVII 240-241); *hic vasto rex Aeolus antro / luctantis ventos tempestatesque sonoras* (*Eneida*, I 52-53).

2) Se desencadena la tempestad.

Una vez que la divinidad (Eolo, por mediación de Juno, en el caso de la *Eneida*; el propio Neptuno, en *Punica*), provoca la tempestad, se pasa al relato de la misma. Llama poderosamente la atención que, sólo en este apartado, la descripción de Silio sea cuantitativamente más extensa que la de Virgilio (13 versos en *Punica*, frente a 11 en *Eneida*). Esto es algo que casa perfectamente con el manierismo propio de la épica en tiempos de los Flavios, proclive al adorno siempre por exceso y a abigarrar aquellos elementos susceptibles de provocar mayor patetismo en el lector. Y no cabe duda de que uno de los elementos más susceptible de amplificación y florituras por parte del autor es la descripción de la tempestad, motivo recurrente en el género.

En el relato virgiliano, es Eolo quien libera a los vientos y éstos, en tropel, se lanzan sobre el mar. Así, en *Eneida*, I, 84-86, se enfrentan el Euro (viento del S.E.), el Noto (viento del S.) y el Ábrego (viento del S.O.):

*incubere mari totumque a sedibus imis
una Eurusque Notusque ruunt creberque procellis
Africus, ... (Eneida, I 84-86)¹⁴.*

Silio Itálico, por su parte, incluye al Bóreas (viento del norte) en lugar del Ábrego (viento del suroeste), y llama Austro al Noto, aunque más adelante (v. 255) se sirve de esta última denominación¹⁵. Además, el

del agrado de los dioses. En este sentido, Eneas no es, como Príamo, descendiente directo de Laomedonte, sino de la hermana de éste, Temiste, casada con Capis.

¹⁴ «Se lanzan en tropel contra el mar; a un tiempo el Euro y el Noto lo arrancan todo desde sus más profundos cimientos, y también el Ábrego cargado de tormentas ...».

¹⁵ Sobre otras disputas entre los vientos en Silio Itálico, cf. *Punica*, III 652 (entre el Ábrego y el Cauro) y VII 570 (entre el Ábrego y el Bóreas).

autor de *Punica* amplía el relato de Virgilio añadiendo junto al nombre de cada viento una breve explicación de su violencia y poder destructor:

*primus se attollens Nasamonum sedibus Auster
nudauii Syrtim correpta nubilus unda.
insequitur sublime ferens nigrantibus alis
abruptum Boreas ponti latus. intonat ater
discordi flatu et partem rapit aequoris Eurus (Punica, XVII 246-250)¹⁶.*

En el siguiente cuadro se aprecia la enumeración de los vientos, ligeramente distinta en cada autor:

VIRGILIO	SILIO ITÁLICO
Euro (viento del sudeste)	Euro (viento del sudeste)
Noto (viento del sur)	Austro (=Noto) (viento del sur)
Ábrego (viento del suroeste)	Bóreas (viento del norte)

Tras describir el choque de los vientos, ambos autores pasan a narrar los efectos producidos por tal colisión. Así, cuando Silio relata la aparición de los truenos y los relámpagos: *hinc rupti reboare poli, atque hinc crebra micare fulmina (Punica, XVII 251-252)¹⁷*, nos viene a la mente el texto análogo de Virgilio, que presenta casi el mismo vocabulario: *intonuere poli et crebris micat ignibus aether (Eneida, I 90)¹⁸*. Como vemos en el cuadro siguiente, se observa una identidad en el plano de la expresión de ambos autores, incluso en el orden de las palabras:

VIRGILIO	<i>intonuere</i>	<i>poli</i>	<i>crebris</i>	<i>micat</i>	<i>ignibus</i>
SILIO ITÁLICO	<i>reboare</i>	<i>poli</i>	<i>crebra</i>	<i>micare</i>	<i>fulmina</i>

Otro tanto ocurre cuando la noche cubre el cielo: *noctemque freto imposuere tenebrae (Punica, XVII 254)*; *ponto nox incubat atra (Eneida, I 89)*.

¹⁶ «El primero en levantarse desde su morada junto a los nasamonos es el Austro; en una nube se lleva las olas, dejando a la Sirte desnuda. Le sigue Bóreas, enarbolando sobre sus negruzcas alas una porción arrancada al mar. Estalla el sombrío Euro soplando en sentido contrario, y se apropia de su parte de las aguas».

¹⁷ «De un lado retumba el firmamento resquebrajado, del otro centellean sin cesar los relámpagos».

¹⁸ «Estalla el firmamento, brilla el éter con incesantes relámpagos».

De nuevo observamos aquí una correspondencia casi palabra por palabra:

VIRGILIO	<i>nox</i>	<i>ponto</i>	<i>incubat</i>	<i>atra</i>
SILIO ITÁLICO	<i>noctem</i>	<i>freto</i>	<i>imposuere</i>	<i>tenebrae</i>

El viento provoca un ruido desagradable y estridente al chocar contra la nave. Ambos autores se hacen eco de ello: para referirse al horrísono silbido de las jarcias, Silio calca la secuencia virgiliana *stridorque rudentum*:

insequitur clamorque uirum stridorque rudentum (*Eneida*, I 87);
antennae immugit (stridorque immite rudentum
sibilat) ...(*Punica*, XVII 256-257).

Por último, mientras en la *Eneida* los vientos levantan olas en dirección a la costa: *vastos voluunt ad litora fluctus*, (*Eneida*, I 86)¹⁹, Silio dota de mayor patetismo al asunto y el furioso oleaje rompe ante el mismo rostro de Aníbal: *...similem monti nigranti profundo / ductoris frangit super ora trementia fluctum* (*Punica*, XVII 257-258)²⁰.

El pánico que sobrecoge a Aníbal ante la magnitud de la ola que se le viene encima da pie a Silio para introducir el tercer punto que sigue el esquema de la tempestad:

3) Súplicas y lamentaciones del héroe.

Tanto en la *Eneida* como en *Punica*, ya lo hemos dicho, son los dioses los que provocan las tormentas. Este hecho siembra el pánico en los más esforzados guerreros y les causa desazón, ya que morir en medio del mar, sin ser sepultado, no acarrea la misma gloria que perecer luchando como un héroe. De ahí que tanto Eneas en la *Eneida* como Aníbal en *Punica* lamenten su infortunio y el fatal desenlace que se cierne sobre ellos, y rememoren a aquellos guerreros que encontraron su muerte en

¹⁹ «Voltean enormes olas hacia la costa».

²⁰ «Levanta desde las negras profundidades una ola como una montaña que rompe sobre la cabeza del impresionado Aníbal».

combate. Así, Aníbal evoca a su hermano Asdrúbal y a su valeroso enemigo, el cónsul romano Paulo Emilio:

*exclamat uoluens oculos caeloque fretoque:
 'Felix o frater diuisque aequate cadendo,
 Hasdrubal! egregium fortis cui dextera in armis
 pugnanti peperit letum, et cui fata dedere
 Ausoniam extremo tellurem adprendere morsu.
 at mihi Cannarum campis, ubi Paulus, ubi illae
 egregiae occubuerunt animae, dimittere uitam
 non licitum, uel, cum ferrem in Capitolia flammas,
 Tarpeio Iouis ad manes descendere telo' (Punica, XVII 259-267)²¹.*

Y lo mismo cabe decir de Eneas, quien se considera mucho más desdichado que los guerreros troyanos que sucumbieron durante el sitio de Troya, como Héctor o Sarpedón; incluso hubiera preferido caer a manos del griego Diomedes:

*extemplo Aeneae soluuntur frigore membra;
 ingemit et duplilis tendens ad sidera palmas
 talia uoce refert: 'o terque quaterque beati,
 quis ante ora patrum Troiae sub moenibus altis
 contigit oppetere! o Danaum fortissime gentis
 Tydide! mene Iliacis occumbere campis
 non potuisse tuaque animam hanc effundere dextra,
 saeuus ubi Aeacidae telo iacet Hector, ubi ingens
 Sarpedon, ubi tot Simois correpta sub undis
 scuta uirum galeasque et fortia corpora uoluit!' (Eneida, I 92-101)²².*

²¹ «Vuelve sus ojos al cielo y al mar, y exclama: '¡Dichoso Asdrúbal, hermano mío, que con tu muerte te has igualado a los dioses! Mientras luchabas, una diestra valerosa te infligió una noble muerte, y los hados te otorgaron morder el suelo de Ausonia por última vez. En cambio, a mí no me fue permitido perder la vida en las llanuras de Cannas, donde sucumbió Paulo, donde sucumbieron tantas otras nobles almas. Ni siquiera cuando llevé el fuego contra el Capitolio, pude descender al reino de los manes abatido por las armas de Júpiter Tarpeyo'».

²² «Al instante un escalofrío recorre los miembros de Eneas; lanza un gemido y, volviendo a las estrellas sus manos, habla de esta manera: '¡Oh tres y cuatro veces dichosos aquéllos que encontraron su muerte a la vista de sus padres, al pie de las altas murallas de Troya! ¡Oh hijo de Tideo, el más valeroso de la raza de los dánaos! ¿Por qué no tuve yo que morir en las llanuras de Ilión y

La lamentación del guerrero ante la posibilidad de morir indignamente en el mar se manifiesta ya en la *Odisea*, mucho antes que lo adoptaran Virgilio o Silio²³. Se trata, pues, de un lugar común del que sólo Lucano parece ofrecer una visión que podría calificarse de novedosa. Y es que la locura de la guerra civil rompe hasta con el temor a morir insepulto. César exclama en *Farsalia*:

...mihi funere nullo
est opus, o superi: lacerum retinete cadaver
fluctibus in mediis, desint mihi busta rogasque,
dum metuar semper terraque expecter ab omni (Luc. V 668-671)²⁴.

Al hilo de lo dicho, hay que señalar que esta respuesta análoga de Eneas y Aníbal queda resaltada por el hecho de ser Neptuno quien, en *Eneida*, ordena que se calme la tempestad suscitada contra Eneas, y por otra parte, en *Punica*, quien envía otra tempestad a Aníbal para estorbarle en sus deseos de regresar a Italia. Y además, es la madre de Eneas, Venus, la que prohíbe que Aníbal muera en el mar, con tal de que los Cartagineses no se jacten de que su caudillo murió sin ser derrotado en guerra alguna²⁵. De este modo, vuelve a observarse entre ambas obras una conexión no ya sólo desde el punto de vista formal, sino también temático.

4) Naufragio.

Ciertamente, no acaban aquí las desgracias de Eneas o Aníbal. La fuerza del viento provoca el naufragio de las respectivas naves. En éste, como en el resto de apartados, el contenido y la expresión de Silio son prácticamente idénticos a los de Virgilio. Así, mientras éste último escribe *talia iactanti stridens Aquilone procella / velum adversa ferit* (*Eneida*, I 102-

perder el aliento por obra de tu diestra, allí donde el feroz Héctor cayó por los dardos del hijo de Éaco, donde cayó el gigantesco Sarpedón, donde el Símois arrastra bajo sus aguas tantos escudos y cascos de guerreros, tantos cuerpos vigorosos?».

²³ Cf., Hom. *Od.* V 299 ss. Sobre este motivo en otros autores más o menos coetáneos de Silio Itálico, cf. Ov., *Tr.* I, 2, 27-32; Sén., *Ag.* 465-497; Luc. V 597-677.

²⁴ «No preciso de funeral alguno, dioses. Guardad mi cadáver mutilado en medio de las olas, que no tenga yo pira ni sepulcro, con tal de que se me tema por siempre y en toda la tierra se espere mi presencia».

²⁵ Cf. F. Ahl-M. A. Davis-A. Pomeroy (1986), pp. 2514-2515.

103), en Silio Itálico puede leerse *talia dum maeret, diversis flatibus acta / in geminum ruit unda latus* (*Punica*, XVII 268).

A continuación, una enorme masa de agua arremete de pronto contra la nave. Ambos autores se sirven de una expresión casi idéntica: *in geminum ruit unda latus* (*Punica*, XVII 269) recuerda la secuencia virgiliana *tum prora avertit et undis / dat latus* (*Eneida*, I 104-105); y lo mismo cabe decir de *sub atris / aequoris aggeribus* (*Punica*, XVII 269-270), fiel reflejo de *praeruptus aquae mons* (*Eneida*, I 105).

Alude luego Silio al choque de la nave contra los escollos, empujada por el soplo del Noto. Los vv. 274-275 de *Punica* (*at geminas Notus in scopulos atque horrida saxa / dura sorte rapit, miserandum et triste, biremis*) se corresponden con el v. 108 de Virgilio (*tris Notus abreptas in saxa latentia torquet*), como vemos en el siguiente cuadro:

SILIO ITÁLICO	<i>geminas (biremes)</i>	<i>Notus</i>	<i>rapit</i>	<i>in scopulos atque horrida saxa</i>
VIRGILIO	<i>tris (biremes)</i>	<i>Notus</i>	<i>torquet</i>	<i>in saxa latentia</i>

Asimismo, el *miserandum et triste* de *Punica* (XVII 275) recuerda al *miserabile visu* que incluye Virgilio unos versos más abajo (*Eneida*, I 111).

Tras la violencia del choque, el espectáculo que ambos autores nos pintan es desolador:

*hic uaria ante oculos facies: natat aequore toto
arma inter galeasque uirum cristasque rubentis
floreantis Capuae gaza* (*Punica*, XVII 278-280)²⁶.
*apparent rari nantes in gurgite uasto,
arma uirum tabulaeque et Troia gaza per undas* (*Eneida*, I 118-119)²⁷.

Fácilmente comprobamos que el contenido similar en ambos pasajes viene corroborado por una expresión prácticamente exacta. Así:

VIRGILIO	SILIO ITÁLICO
<i>in gurgite vasto</i> (I 118)	<i>aequore toto</i> (XVII 278)
<i>nantes</i> (I 118)	<i>natat</i> (XVII 278)
<i>arma uirum tabulaeque</i> (I 119)	<i>arma inter galeasque uirum</i> (XVII 279)
<i>Troia gaza</i> (I 119)	<i>Capuae gaza</i> (XVII 280)

²⁶ «Variado es el aspecto que se ofrece entonces a la vista: por toda la superficie, en medio de las armas, cascos de guerreros y rojizos penachos, flota el tesoro de la floreciente Capua».

²⁷ «Flotan unos pocos por el inmenso mar, y las armas, tablones y tesoros de Troya».

Merece la pena destacar el modo en que Silio termina esta parte, enumerando al detalle una serie de objetos que queda flotando en aguas del Mediterráneo:

*...et seposta triumpho
Laurens praeda ducis, tripodes mensaeque deorum
cultaque nequiquam miseris simulacra Latinis (Punica, XVII 280-282)²⁸.*

En estos versos, Silio pretende, en última instancia, relacionar nuevamente *Punica* y la obra virgiliana, e identificar todos estos restos que flotan en el mar con aquéllos que Eneas pudo extraer de Troya cuando se vio obligado a huir y que Virgilio denomina *Troia gaza*. Nuevamente conexión formal y además temática.

5) Otra divinidad implora la calma.

Alarmada ante el terrible panorama que el mar ofrece, surge otra divinidad que se apresura a exigir el fin de esta cruel tempestad. El relato es considerablemente más breve en Silio que en Virgilio (7 versos por 18). Además, el dios que pide el cese de las inclemencias difiere en cada obra, lo mismo que el motivo que lo impulsa a ello. Así, en la *Eneida* es Neptuno quien protege a Eneas y la raza troyana de las iras de Juno, y reprende a los vientos por lo que él considera un desacato a su autoridad:

*'Tantane uos generis tenuit fiducia uestri?
iam caelum terramque meo sine numine, uenti,
miscere et tantas audetis tollere moles?
quos ego... sed motos praestat componere fluctus.
post mihi non simili poena commissa luetis.
maturate fugam regique haec dicite uestro:
non illi imperium pelagi saeuumque tridentem,
sed mihi sorte datum. tenet ille immania saxa,
uestras, Eure, domos; illa se iactet in aula
Aeolus et clauso uentorum carcere regnet' (Eneida, I 132-141)²⁹.*

²⁸ «... y el botín de Laurento reservado para el triunfo del general; trípodes y mesas de los dioses, estatuas que los desdichados latinos han venerado en vano».

²⁹ «¿Tantos aires os otorga vuestro origen? ¿Ya os atrevéis a despreciar mi divinidad, vientos, y mezclar el cielo con la tierra, levantando tan enormes moles?»

En *Punica*, en cambio, es la propia Venus, madre de Eneas, la que se dirige a Neptuno para implorarle que cese en su persecución contra Aníbal, para evitar así que los cartagineses presuman de su invencible general, al que sólo pudieron derrotar las olas del mar y no el valor de los romanos:

... 'Hoc satis irae
interea, genitor: satis ad maiora minarum.
cetera parce, precor, pelago, ne tollat acerba
hoc Carthago decus, nullo superabile bello
progenuisse caput, nostrosque in funera Poeni
Aeneadas undis totoque eguisse profundo' (*Punica*, XVII 284-289)³⁰.

Por lo demás, nuevamente se observan ecos virgilianos en la obra de Silio. En primer lugar, se observan semejanzas formales entre ambos episodios. Así, en *Punica* XVII 283, Venus aparece «consternada al ver el agitado aspecto de las aguas» (*emoti facie conterrita ponti*), lo mismo que, en *Eneida* I 127, Neptuno se encuentra *graviter commotus* («gravemente conmocionado»).

En segundo lugar, y ya en el plano del contenido, resulta sintomático que el mismo dios que suscita la tempestad contra Aníbal sea el que pone fin a la provocada contra Eneas, erigiéndose de este modo en protector de la raza romana en ambos pasajes. Asimismo, llama la atención el hecho de que Silio emplee el término *Aeneadas* (XVII 289), puesto en boca de Venus, para referirse a los romanos. La intención del autor no es otra que ensamblar ambas obras, vincularlas desde el punto de vista temático, considerar, en suma, la guerra de Aníbal como una

Os juro que ... pero conviene antes calmar el alborotado oleaje; ya me pagaréis luego vuestro acto de desobediencia con un castigo sin igual. Emprended la huida y decid esto a vuestro rey: que no fue a él sino a mí a quien cayó en suerte la soberanía del mar y el terrible tridente. Él reina en sus escarpadas rocas, tu morada, Euro; que presuma él de aquel palacio y gobierne en la cerrada prisión de los vientos».

³⁰ «Basta ya de furia por ahora, Padre, basta ya de amenazas que anticipan sucesos más importantes. Deja de agitar el mar, te lo suplico, o la implacable Cartago alardeará de haber engendrado un hijo invencible en la guerra y de que mis descendientes, los Enéadas, necesitaron todas las olas del mar para acabar con el cartaginés».

continuación de la *Eneida* de Virgilio. El protagonismo de Neptuno o la aparición del término *Aeneadae* en el *epos* siliano no tienen otra función que traernos a la memoria aquel otro legendario episodio que tanta relación guarda con la guerra de Aníbal.

6) Se recobra la calma.

Por fin, como consecuencia de los ruegos de los dioses, amaina el oleaje y todo recupera su estado natural. Silio limita su relato a un solo verso (XVII 290), si bien es evidente que a continuación existe una laguna y que, tal vez, el autor continuó su narración reproduciendo en mayor o menor medida a Virgilio. Por lo demás, el verso de *Punica* recuerda bastante a otro de la *Eneida*:

*Sic Venus, et tumidi considunt gurgite fluctus (Punica, XVII 290)*³¹;

*Sic ait, et dicto citius tumida aequora placat (Eneida, I 142)*³².

La *Eneida*, por su parte, prolonga un poco más el relato de la tempestad. Después que Neptuno, ayudado por la nereida Cimótoe y por Tritón, una divinidad marina, desencalla las naves y sosiega las olas, introduce Virgilio un símil en el que compara la acción pacificadora de Neptuno con la de un noble héroe que pone fin a las sediciones y rebeliones del pueblo, en clara alusión, tal vez, a la labor restauradora que Octavio trataba de implantar:

*ac ueluti magno in populo cum saepe coorta est
seditio saeuítque animis ignobile uulgus
iamque faces et saxa uolant, furor arma ministrat;
tum, pietate grauem ac meritis si forte uirum quem
conspexere, silent arrectisque auribus astant;
ille regit dictis animos et pectora mulcet:
sic cunctus pelagi cecidit fragor, aequora postquam
prospiciens genitor caeloque inuectus aperto
flectit equos curruque uolans dat lora secundo (Eneida, I 148-156)*³³.

³¹ «Así habló Venus y el encrespado oleaje se calmó y se hundió en las profundidades».

³² «Así habló, y aun antes de poner fin a su discurso calma las encrespadas aguas».

En suma, y como conclusión, resulta manifiesto y evidente el parecido que el pasaje analizado de *Punica* presenta con el de la *Eneida*. Este hecho demuestra, como en tantos otros lugares de su obra, que Silio bebe directamente del modelo virgiliano. Sin embargo, en este pasaje concreto choca bastante que Silio, habida cuenta del gusto de la época en que escribe, reduzca cuantitativamente el relato de su tempestad con respecto al que ofrece Virgilio, si bien sigue todas y cada una de las fases que conforman la tempestad virgiliana y que acabamos de examinar. Además, son claras las reminiscencias en lo que respecta a la expresión literal, algo que se verifica en el uso de idénticas palabras en pasajes análogos de una y otra obra.

No obstante, debemos hacer especial hincapié en la conexión temática que une ambas obras, una conexión que Silio Itálico busca desde el principio de su epopeya, por más que ésta sea de corte histórico y la virgiliana sea de corte mitológico. Ciertamente, la *Eneida* supone el punto de partida formal pero también de contenido para los *Punica* de Silio Itálico: este último retoma la relación entre la cartaginesa Dido y el troyano Eneas, presente en los primeros libros de la *Eneida*, para justificar la perfidia de Aníbal y su odio a la raza romana, procedente de la troyana. Para ello, el cartaginés contará con la ayuda de la irascible Juno, que es precisamente quien envía la tempestad a Eneas al comienzo del relato virgiliano.

Por otra parte, es Neptuno quien lanza la tempestad a Aníbal y quien apacigua la que Juno arroja contra Eneas. A esto hay que sumar que Venus, madre y protectora de Eneas, es quien implora el cese de la tormenta que azota a Aníbal, para que así se produzca el enfrentamiento final en la batalla de Zama, en la que el cartaginés habrá de caer al fin derrotado.

Al hilo de lo anterior, resulta esclarecedora la alusión a los romanos como Enéadas, esto es, descendientes de Eneas, lo que supone otro

³³ «Como muchas veces ocurre en un gran pueblo, cuando estalla una sedición y se desatan las iras de la chusma infame, vuelan antorchas y piedras, la locura surge de armas, si por casualidad aparece un hombre de austera virtud y méritos, guardan todos silencio y permanecen atentos. Domina él los corazones con su verbo y suaviza los ánimos. Así decayó todo el bullicio del mar, cuando el padre Neptuno contempló la superficie y, bajo un cielo sereno, dio media vuelta a sus corceles y les soltó las riendas, volando sobre su providencial carruaje».

vínculo más entre la guerra de Aníbal y los orígenes de Roma. Aníbal debe ser preservado no para un glorioso destino, como Eneas, sino para perecer en Zama y aumentar el prestigio y la gloria de la raza romana.

De este modo, el pasaje de la tempestad que se enmarca al final de los *Punica* queda estrechamente relacionado con el que abre la *Eneida*. No se trata de un tópico más del género épico: el pasaje virgiliano contribuye a demostrar las penalidades que Eneas habrá de sufrir hasta fundar los cimientos de lo que algún día llegará a ser Roma, del mismo modo que el de Silio es el prelude del final de Aníbal y, en consecuencia, de la grandeza romana. En otras palabras, la funesta llegada de Eneas a Cartago presupone la futura fundación de una nueva Troya en la misma medida en que el regreso de Aníbal a su patria significa el final de la amenaza que para Roma constituye Cartago.

Existen otros elementos que muestran la sintonía entre ambas obras. Así, la flota de Eneas viene a naufragar junto a las costas de África, en las mismas aguas en que naufragará Aníbal. Y los tesoros que Eneas rescata de Troya vuelven a flotar en el mar tras la tempestad que azota a Aníbal.

Ambos pasajes presentan, por tanto, una relación que va más allá de la semejanza estrictamente formal entre dos pasajes que reflejan el tópico épico de la tempestad. La *Guerra Púnica* entronca directamente con la *Eneida*, e igual que la obra virgiliana, representa, en definitiva, las penalidades que la raza romana experimenta para adquirir la supremacía en el mundo. En este sentido, pues, la aparición de tempestades al principio de la *Eneida* y al final de *Punica* nos induce a pensar en una composición circular de ambas obras vistas en su conjunto como una sola unidad.

APARTADO BIBLIOGRÁFICO

- F. AHL - M. A. DAVIS - A. POMEROY, «Silius Italicus», *Aufstieg und Niedergang der römischen Welt*, 32.4 (1986).
- H. BARDON, *La littérature latine inconnue* (Paris, Klincksieck, 1952) 2 vol.
- H. BARDON, *Les empereurs et les lettres latines d'Auguste à Hadrien* (Paris, Belles Lettres, 1968).
- V. CRISTÓBAL, "Tempestades épicas", *CIF XIV* (1988) 125-148.
- D. ESTEFANÍA, "La épica: tradición e innovación", *Géneros literarios romanos: aproximación a su estudio*, (eds.) D. Estefanía, A. Pociña (Madrid, 1996) 123-146.
- P. GRIMAL, *Diccionario de mitología griega y romana* (Barcelona, Paidós, 1994 7ª reimpr.).
- H. LAUSBERG, *Manual de Retórica Literaria* (Madrid, Gredos, 1966-68) 3 vols.
- J. LORENZO, "Técnica descriptiva en Virgilio y Silio Itálico", *CFC XVI* (1978) 201-216.
- A. ROSTAGNI, *Storia della letteratura latina, vol. III. L'Impero* (Torino, UTET, 1964).